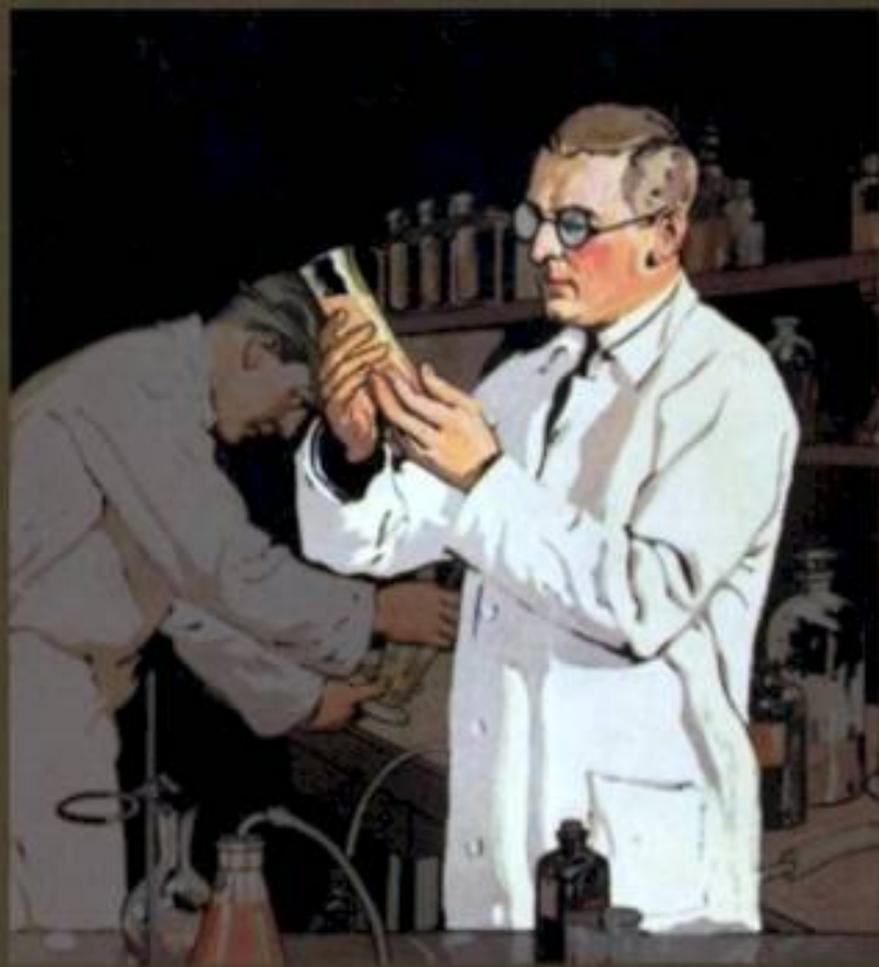


AGATHA CHRISTIE



CAFÉ SOLO

Novelización de la obra teatral por Charles Osborne

Sir Claud Amory ha descubierto la fórmula de un nuevo y poderoso explosivo, que es robada por alguno de los numerosos huéspedes y familiares hospedados en su casa. Después de encerrar a todo el mundo en la biblioteca, *sir Claud* apaga la luz para permitir al ladrón devolver el botín, sin acusar a nadie. Pero, al encenderse la luz, *sir Claud* yace muerto, y será tarea de *Hercules Poirot* el desentrañar la red de disputas familiares, viejas querellas y extraños sospechosos para encontrar al asesino y prevenir una catástrofe mayor.

La obra de teatro «Café Negro» fue estrenada inicialmente en 1930. Se trata de la primera pieza que *Agatha Christie* escribió para el teatro, pieza que lanzó a *Agatha* en una exitosa segunda carrera como dramaturga, y de la que *Charles Osborne* hizo esta interesante novelización en 1998.

1

Hercules Poirot estaba sentado a la mesa del desayuno en su pequeño y acogedor apartamento de Whitehall Mansions, un elegante edificio de Mayfair, el barrio residencial más elegante de Londres. Había saboreado su bollo y su taza de chocolate caliente. Extraordinariamente, pues era una criatura de costumbres y rara vez variaba el contenido de su desayuno, había pedido a George, su ayuda de cámara, que le preparara una segunda taza de chocolate. Mientras la esperaba, Poirot contempló su reflejo en el espejo de cuerpo entero situado en el otro extremo de la habitación. Era un hombre pequeño de sesenta y tantos años, con cabeza en forma de huevo y figura esbelta, aunque su estómago lucía la curva de la felicidad y su cuidado bigote se curvaba hacia arriba en una extravagante floritura. Asintió con la cabeza, en apariencia satisfecho con lo que vio, y volvió a concentrar su atención en la correspondencia, que ya había abierto y estaba sobre la mesa. Meticulosamente ordenado, como de costumbre, había apilado los sobres que pensaba desechar.

Antes los había abierto con cuidado, usando el abrecartas con forma de espada que su amigo el capitán Hastings le había regalado para su cumpleaños, varios años atrás. Una segunda pila contenía las cartas que no interesaban a Poirot —en su mayor parte circulares— y que dentro de un momento indicaría a George que arrojara a la basura. La tercera pila estaba formada por aquellas que requerían res-

puesta o al menos acuse de recibo. Se ocuparía de ellas después del desayuno, y en ningún caso antes de las diez. A Poirot no le parecía profesional comenzar una rutinaria jornada de trabajo antes de esa hora. Si estaba trabajando en un caso era distinto, naturalmente. Recordaba que en una ocasión él y Hastings se habían levantado antes del amanecer para...

Pero no; Poirot no quería pensar en el pasado. ¡El glorioso pasado! Una vez aclarado el misterio de la organización criminal internacional conocida como *The Big Four*, el último caso de Poirot, Hastings había regresado con su esposa a su hacienda en Argentina, y aunque ahora estaba otra vez en Londres, donde permanecería varias semanas para ocuparse de algún asunto relacionado con su hacienda, su colaboración con Hercules Poirot en apasionantes casos criminales era cosa del pasado. En los viejos tiempos nos divertíamos, pensó Poirot. Pero ¿qué hacemos ahora Hastings y yo? Hemos comido juntos en varias ocasiones en el Ritz. Han sido encuentros agradables, al igual que el par de obras de teatro que fuimos a ver juntos. Pero, ah, los maravillosos días en que... No, debía procurar no rumiarse el pasado, si bien era difícil no pensar en esos tiempos ahora que Hastings había regresado a Londres por una breve temporada.

¿Acaso ésa era la razón de que Poirot se sintiera inquieto en esa agradable mañana de un miércoles de 1934? Una mañana en que, por fin, la primavera se dignaba hacer su tardía aparición. Pese a estar oficialmente retirado, Poirot había salido de su retiro en más de una ocasión, tentado por algún caso especialmente interesante. Había disfrutado volviendo al trabajo, con Hastings a su lado actuando como una especie de caja de resonancia para sus ideas e hipótesis. Sin embargo, en la actualidad Hastings pasaba la mayor parte del tiempo en el otro extremo del mundo, y de cualquier modo hacía varios meses que a Poirot no se le presentaba un caso de interés. ¿Es que ya no había crímenes y

criminales imaginativos? ¿Ahora todo se reducía a estúpida violencia y brutalidad, a esa clase de asesinatos o robos sórdidos que no estaban a la altura de su dignidad?

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la llegada silenciosa de George con una segunda y grata taza de chocolate. Grata no sólo porque Poirot degustaría su sabor intenso y dulce, sino también porque le permitiría postergar, por unos minutos, la idea de que el día, esa agradable mañana soleada, se extendía ante él sin otra perspectiva más emocionante que el paseo de rigor por el parque y la caminata por Mayfair hasta su restaurante favorito en el Soho, donde comería solo. ¿Qué exactamente? Quizá un poco de paté como entrante, seguido de lenguado *bonne femme* y...

Cayó en la cuenta de que George, tras dejar el chocolate en la mesa, se dirigía a él. El elegante e imperturbable George, un individuo de expresión impasible, inglés hasta la médula, llevaba bastante tiempo a las órdenes de Poirot, y aún era todo lo que el detective podía desear como ayuda de cámara. A pesar de su absoluta falta de curiosidad y de su reticencia a expresar su opinión personal sobre cualquier asunto, George era una mina de información sobre la aristocracia inglesa, y su afición por el orden era equiparable a la del propio detective. En más de una ocasión Poirot le había dicho: «Plancha los pantalones de manera admirable, George, aunque adolece por completo de imaginación». Sin embargo, a Hercúles Poirot le sobraba imaginación. En su opinión, la habilidad para planchar bien un par de pantalones era una cualidad mucho más rara. Sí; sin lugar a dudas era muy afortunado de tener a George a su servicio.

—... y por lo tanto me tomé la libertad, señor, de prometer que usted devolvería la llamada esta mañana —decía George.

—Le ruego me disculpe, querido George —repuso Poirot—. Estaba distraído. ¿Ha dicho que alguien ha telefo-

neado?

—Sí, señor. Anoche, mientras usted estaba en el teatro con Mrs. Oliver. Me acosté antes de que usted regresara y me pareció innecesario dejar una nota a esas horas.

—¿Quién llamó?

—El caballero dijo llamarse Claud Amory, señor. Dejó un número de teléfono, al parecer de Surrey. Dijo que el motivo de su llamada era muy delicado, y que cuando usted telefonara no diera su nombre a nadie, sino que insistiera en hablar con el propio *sir* Claud.

—Gracias, George. Deja el número sobre mi escritorio —dijo Poirot—. Llamaré a *sir* Claud después de leer el *Times*. Aún es pronto para telefonar, sobre todo si se trata de un asunto delicado.

George hizo una reverencia y se marchó. Poirot bebió el chocolate a pequeños sorbos. Recordó la obra que había visto la noche anterior con su gran amiga, Ariadne Oliver, a quien le gustaba considerarse una detective aficionada. La obra, titulada *Alibi*, trataba de un crimen, y el actor Charles Laughton interpretaba al detective que resolvía el caso. A Mrs. Oliver no le había gustado que Poirot descubriera la identidad del asesino antes que ella.

—No entiendo cómo lo adivinó tan pronto —había protestado.

Pero Poirot la había interrumpido como si lo hubiera insultado:

—Yo nunca adivino, mi querida Mrs. Oliver. Uso el intelecto. Las pequeñas células grises de mi cerebro...

No había podido continuar, pues Mrs. Oliver, que le había oído hablar de aquellas pequeñas células grises en innumerables ocasiones, lo había interrumpido en seco:

—¡No! No vuelva a mencionar esas malditas células grises. Vayamos al Café Royal, que está a la vuelta de la esquina. Así podrá invitarme a una copa antes de cenar.

Mientras terminaba su taza de chocolate, Poirot sonrió y cabeceó. ¡La querida Ariadne Oliver! Sentía un gran aprecio

por ella. Riendo en voz baja mientras recordaba la agradable velada en el teatro, salió al balcón con el periódico de la mañana.

Unos minutos después, había dejado el *Times*. Las noticias internacionales eran deprimentes, como de costumbre. Ese horrible Hitler había convertido los tribunales alemanes en delegaciones del partido nazi, los fascistas habían tomado el poder en Bulgaria y, para colmo, en la patria de Poirot, Bélgica, cuarenta y dos mineros habían muerto a causa de una explosión en una mina cercana a Mons. Las noticias nacionales no eran más alentadoras. Pese a los reparos de las autoridades, ese verano en Wimbledon se permitiría usar pantalones cortos a las tenistas. Las necrológicas no eran más agradables, pues personas de la edad de Poirot, e incluso más jóvenes, parecían empeñadas en morir.

Poirot se reclinó en su cómoda silla de mimbre y apoyó los pies sobre un banco pequeño. *Sir Claud Amory*, pensó. El nombre le sonaba; estaba seguro de haberlo oído en algún sitio. Sí; *sir Claud Amory* era conocido en algún ambiente. Pero ¿en cuál? ¿Era político? ¿Abogado? ¿Un funcionario retirado? *Sir Claud Amory. Amory.*

El sol de la mañana daba sobre el balcón, lo bastante cálido para que Poirot disfrutara de él durante unos minutos. Pronto tendría calor, pues no era un amante del sol. Cuando el sol me empuje al interior de la casa, pensó, consultaré el *Quién es quién*. Si el tal *sir Claud* es una persona distinguida, sin duda aparecerá en ese admirable libro. ¿Y si no era así? El pequeño detective se encogió de hombros. Como buen esnob, ya sentía simpatía por *sir Claud* a causa de su título. Si éste se encontraba en el *Quién es quién*, un libro en el que también se detallaban las actividades de Hercules Poirot, seguramente sería alguien merecedor de su tiempo y su atención.

Una punzada de curiosidad y una súbita brisa fresca se aliaron para enviarlo al interior. Al entrar en la biblioteca, fue al estante de libros de consulta y cogió el grueso volu-

men rojo con letras doradas en el lomo. Lo hojeó hasta encontrar la entrada que buscaba y leyó:

Amory. *Sir* Claud (Herbert); nombrado caballero en 1927; nacido el 24 de noviembre de 1878; casado en 1907 con Helen Graham (fallecida en 1929); estudios secundarios en Weymouth Grammar School y universitarios en Kings College, Londres. Físico investigador de los laboratorios GEC, 1905; RAE Farnborough (Dep. Radio), 1916; Instituto de Investigaciones del Ministerio del Aire, Swanage, 1921; demostró un nuevo principio sobre la aceleración de partículas: la aceleración lineal de ondas, 1924. Se le concedió la medalla Monroe de la Sociedad de Física. Publicaciones: monografías en revistas especializadas. Dirección: Abbot's Cleve, Market Cleve, Surrey. Tel.: Market Cleve 304. Club: Ateneo.

Claro, se dijo Poirot. El famoso científico.

Recordó una conversación que había mantenido varios meses antes con un miembro del servicio de su majestad, después de que Poirot recuperara unos documentos perdidos que podrían haber puesto en apuros a las autoridades. Habían hablado de seguridad, y el político había admitido que las medidas de seguridad no eran lo bastante estrictas.

—Por ejemplo —le había dicho a Poirot—, las actuales investigaciones de *sir* Claud Amory podrían ser de vital importancia en caso de guerra. Sin embargo, se niega a experimentar en un laboratorio donde él y su invento estarían protegidos. Insiste en trabajar solo en su casa de campo, sin ninguna medida de seguridad. Es aterrador.

Mientras reponía el *Quién es quién* en la estantería, Poirot pensó: Acaso *sir* Claud quiere contratarme porque me considera un viejo y cansado perro guardián. Las invenciones de la guerra, las armas secretas, no son lo mío. Si *sir* Claud...

El teléfono sonó en la habitación contigua y Poirot oyó responder a George. Un momento después, el ayuda de cámara entró en la biblioteca:

—Es *sir* Claud Amory otra vez, señor —anunció.

Poirot entró en la habitación y cogió el auricular.

—Alo. Aquí Hercules Poirot —dijo.

—¿*Monsieur* Poirot? No nos conocemos, aunque tenemos amigos comunes. Me llamo Amory, Claud Amory...

—He oído hablar de usted, *sir* Claud.

—Mire, tengo un problema muy serio entre manos. O puede que lo tenga. No estoy seguro. He de advertirle que lo que voy a contarle es estrictamente confidencial. Si esta información llegara a oídos del público...

—Distinguido *sir* Claud —interrumpió Poirot— puedo asegurarle que yo soy... ¿cómo se dice? Sí; la discreción en persona. Todo lo que diga quedará entre nosotros.

—Gracias. Naturalmente, sé que puedo confiar en usted. Bien, mi problema es el siguiente: he estado trabajando en una fórmula para bombardear el átomo. No entraré en detalles, pero el Ministerio de Defensa la considera de vital importancia. Ya he concluido mis investigaciones y con mi fórmula puede fabricarse un explosivo nuevo y letal. Tengo razones para sospechar que una persona de mi entorno quiere robar esta fórmula. De momento no puedo decirle nada más, pero le estaría muy agradecido si viniera a Abbot's Cleve este fin de semana. Quiero que lleve la fórmula con usted cuando regrese a Londres y se la entregue a cierta persona del ministerio. Tengo buenas razones para creer que no debe hacerlo un mensajero del ministerio. Necesito a una persona discreta y ajena al mundo científico, pero que también sea lo bastante astuta para...

Mientras *sir* Claud hablaba, Hercules Poirot miró en el espejo su cabeza calva con forma de huevo y su bigote cuidadosamente engomado, además de sus elegantes pantalones de rayas y su batín. Se dijo que nadie, en toda su trayectoria profesional, lo había considerado discreto, y lo cierto era que él tampoco se habría definido con ese término. Pero la oportunidad de pasar un fin de semana en el campo y de conocer a un distinguido científico lo tentaba.

Además, sin duda recibiría una recompensa apropiada de parte del gobierno, y sólo por llevar en el bolsillo, desde Surrey a Whitehall, una inextricable, aunque letal, fórmula científica.

—Estaré encantado de complacerlo, distinguido *sir* Claud —dijo Poirot—. Veamos. Hoy es miércoles, *¿n'est ce pas?* Si le parece conveniente, llegaré allí el sábado por la tarde, y regresaré a Londres, con lo que desea que traiga, el lunes por la mañana. Estoy deseando conocerlo.

Es curioso, pensó Poirot mientras colgaba el auricular. Parecía lógico que los agentes extranjeros estuvieran interesados en la fórmula de *sir* Claud, pero ¿sería verdad que alguien de su propio entorno...? Bueno, sin duda obtendría más información durante el fin de semana.

—George —llamó—. Por favor, lleve mi traje de sarga y mi esmoquin a la tintorería. Debe tenerlos para el viernes, ya que el fin de semana me voy al campo. —Lo dijo como si se marchara por el resto de su vida a las estepas de Asia Central.

Entonces, volviendo al teléfono, marcó un número y esperó unos minutos antes de decir:

—Mi querido Hastings, ¿le agradecería liberarse de sus asuntos de negocios en Londres por unos días? Surrey es muy agradable en esta época del año, y...

2

La casa de *sir* Claud Amory, Abbot's Cleve, estaba situada en las afueras de la pequeña ciudad —o más bien el pueblo grande— de Market Cleve, Surrey, a unos cuarenta kilómetros al sudeste de Londres. Era una amplia mansión victoriana, arquitectónicamente anodina, rodeada de un atractivo terreno con ondulaciones y arboledas aquí y allá. El camino de grava que conducía de la caseta de guardia (ahora convertida en cobertizo para las herramientas de jardinería) hasta la puerta principal serpeaba entre los árboles y los densos arbustos. Una galería rodeaba la parte trasera de la casa, desde donde descendía una cuesta cubierta de césped hasta un jardín ornamental razonablemente cuidado.

La noche del viernes, dos días después de su conversación telefónica con Poirot, *sir* Claud estaba sentado en su estudio, abstraído en sus pensamientos. Sólo podía accederse al estudio —una pequeña aunque acogedora habitación de la planta baja, ubicada en el ala este— a través de la estancia más amplia destinada a biblioteca. *Sir* Claud se alegraba de ello, pues le gustaba trabajar aislado y sin que nadie le molestara durante el día, cuando los demás miembros de la familia sabían que debían evitar la biblioteca y permanecer en la otra ala de la casa. Sólo después de cenar, la familia, incluido *sir* Claud, se reunía en la biblioteca para tomar café o licores.

Sentado a su escritorio, estaba de frente a la puerta de la biblioteca, y detrás de él había una puertaventana con vistas al jardín, que el eminente científico rara vez se molestaba en contemplar. Fuera comenzaba a oscurecer. El mayordomo de *sir* Claud, Tredwell, había hecho sonar la campanilla para anunciar la cena dos o tres minutos antes, y por el otro extremo de la casa la familia comenzaba a llegar al comedor.

Sir Claud tamborileó con los dedos sobre el escritorio, como hacía habitualmente cuando se sentía obligado a tomar una decisión. Era un hombre de cincuenta y tantos años, de estatura y constitución media, cabello gris peinado hacia atrás, y ojos de un intenso y frío azul. En esos momentos su expresión reflejaba una mezcla de ansiedad y desconcierto.

Se oyó un discreto golpe en la puerta del estudio, y Tredwell, un individuo alto, de aspecto algo siniestro y modales exquisitos, apareció en el umbral.

—Disculpe, *sir* Claud, pero he pensado que quizá no hubiera oído la campana...

—Sí, sí, Tredwell, la he oído. Por favor, di a los demás que iré dentro de un momento. Explícales que estoy ocupado con una llamada telefónica. De hecho, estaba a punto de hacer una llamada rápida. Puedes comenzar a servir la cena.

Tredwell se retiró en silencio. *Sir* Claud respiró hondo y se acercó al teléfono. Sacó una pequeña agenda de direcciones del cajón de su escritorio, la consultó brevemente y levantó el auricular. Escuchó un momento antes de hablar:

—Aquí Market Cleve 304. Quiero que me ponga con un número de Londres. —Dio el número y se reclinó en la silla, a la espera. Los dedos de su mano derecha comenzaron a tamborilear con nerviosismo sobre el escritorio.

Unos minutos después, *sir* Claud Amory salió de su estudio, cruzó la biblioteca en dirección al pasillo y se reunió con los demás en el comedor, situado en el ala oeste. Ocupó su sitio en la cabecera de la mesa, alrededor de la cual ya estaban sentados los demás miembros de su familia. A la derecha de *sir* Claud estaba su sobrina, Barbara Amory. Junto a ésta, su primo Richard Amory, el único hijo de *sir* Claud. A la derecha de Richard se sentaba un invitado, un médico italiano llamado Carelli. A la derecha del doctor Carelli, en el extremo opuesto de la mesa con relación a *sir* Claud, estaba Caroline Amory, su hermana. Puesto que la esposa de *sir* Claud había muerto varios años antes, Caroline, una solterona de poco más de sesenta años, dirigía la casa. Edward Raynor, el secretario de *sir* Claud, estaba sentado a la derecha de miss Amory y, a su derecha y junto a *sir* Claud, estaba Lucia, la esposa de Richard Amory.

La cena, en esta ocasión, no fue en absoluto animada. Caroline Amory, una dama de la vieja escuela con modales algo remilgados, hizo varios intentos por entablar conversación con el doctor Carelli, que le respondió con cortesía, aunque sin mayor locuacidad. Cuando miss Amory se giró para hacer un comentario a Edward Raynor, un joven habitualmente cordial y sociable, éste se sobresaltó y susurró una disculpa con aire avergonzado. *Sir* Claud estaba tan taciturno como siempre durante las comidas, o acaso más. Su hijo, Richard Amory, dirigía ocasionales miradas nerviosas a su esposa Lucia, sentada al otro lado de la mesa. La joven Barbara Amory era la única que parecía de buen humor e intercambiaba comentarios triviales con su tía Caroline.

—Este lenguado está exquisito, tía Caroline —dijo Barbara mientras atacaba la comida con entusiasmo—. Me alegro de que compres al nuevo pescadero del pueblo. Es más fiable que el viejo Hobbs.

Su tía murmuró una respuesta apropiada.

Cuando Tredwell comenzó a servir el postre, una macedonia de frutas, *sir* Claud se dirigió súbitamente a él, hablando en voz lo bastante alta para que lo oyeran todos los comensales.

—Tredwell —dijo—, llama al garaje de Market Cleve y pide que envíen un coche con chófer a la estación para recoger a dos pasajeros del tren de las ocho cincuenta, procedente de Londres. He invitado a dos caballeros que llegarán en ese tren, y se reunirán con nosotros después de cenar.

—Muy bien, *sir* Claud —respondió Tredwell y se marchó.

Cuando el mayordomo hubo cerrado la puerta tras de sí, Richard fue el primero en hablar:

—¿Qué caballeros, padre? ¿A quién esperas después de la cena? ¿A alguien de Londres?

Su padre alzó una mano, pidiendo silencio.

—Lo sabréis muy pronto. Anunciaré algo en la biblioteca después de cenar. Hasta entonces no diré nada más.

Antes de que *sir* Claud terminara de hablar, Lucia Amory murmuró una disculpa, se levantó bruscamente y se marchó del comedor. Cruzó el pasillo a toda prisa y se dirigió a la biblioteca. Pese a su amplitud, ésta era una estancia más acogedora que elegante, y también hacía las veces de sala de estar. Unas puertas de cristal comunicaban con la galería del frente de la casa, con vistas a una parte del jardín, mientras que otra puerta en el extremo de la habitación comunicaba con el estudio de *sir* Claud. A la izquierda de esta puerta había una gran chimenea en cuya repisa reposaba un reloj antiguo y algunos objetos decorativos, así como una vasija llena de largas tiras de papel grueso, usadas para encender el fuego. A la derecha estaba la puerta que comunicaba con el resto de la casa, el vestíbulo y las escaleras que conducían a los dormitorios de la primera planta y a las habitaciones de servicio.

Los muebles de la biblioteca consistían en un escritorio, donde estaba el teléfono, situado a la izquierda de la entrada principal; una alta y bien surtida estantería a la derecha de la puerta de la galería; una mesa pequeña con un gramófono y discos, y un sofá al lado del cual había una mesita auxiliar. Junto a la mesa redonda situada en el centro de la habitación había una silla y un cómodo sillón, mientras que en una pequeña mesa colocada contra la pared había una planta de interior en una maceta de cobre. Todos los muebles eran de estilo tradicional, aunque no lo bastante viejos o elegantes para ser admirados como antigüedades.

Lucia Amory, una hermosa joven de veinticinco años, con una cascada de brillante cabello moreno sobre los hombros y unos ojos castaños que solían destellar de emoción, aunque ahora reflejaban un sentimiento reprimido difícil de definir, titubeó en medio de la habitación. Luego se dirigió a la puerta de la galería, apartó las cortinas y contempló la noche. Con un suspiro apenas audible, apretó la frente contra el frío cristal de la ventana y permaneció inmóvil, abstraída en sus pensamientos.

La voz de miss Amory se oyó desde el pasillo, llamando:

—Lucia, Lucia, ¿dónde estás?

Un instante después, Caroline Amory entró en la biblioteca. Se acercó a Lucia, la cogió del brazo y la condujo al sofá.

—Ven, querida. Siéntate —dijo señalando un extremo del sofá. Estudió la cara de Lucia durante unos instantes y luego formuló su diagnóstico—: Dentro de unos minutos te encontrarás mejor.

Lucia esbozó una sonrisa de gratitud.

—Sí, desde luego —asintió—. De hecho, ya estoy mejor. —Aunque hablaba un inglés perfecto (quizá demasiado perfecto), de vez en cuando una de sus expresiones delataba que no era su lengua materna—. Sólo ha sido un pequeño mareo. ¡Qué tontería! Nunca había hecho nada semejante. No sé qué me ha ocurrido. Por favor, tía Caroline,